

## DOMINGO II DE PASCUA (A)

Homilía del P. Ignasi M. Fossas, monje de Montserrat

30 de marzo de 2008

Hch 2, 42-47; Sal 117, 1-4.13-15.22-24(R.: 1); 1Pe 1, 3-9; Jn 20, 19-31

La octava de Pascua se cierra, hermanas y hermanos, con el evangelio de la incredulidad y de la posterior confesión de fe del apóstol santo Tomás.

Aquel primer domingo de Pascua el apóstol Tomás no estaba mientras el Señor se apareció a los discípulos, y todos recordamos la contundencia de sus palabras al no querer aceptar nada que él mismo no hubiera visto o tocado. Ocho días más tarde se repite la misma aparición del Señor resucitado, esta vez en presencia de Tomás. Ahora el apóstol se rinde a la evidencia y confiesa a Jesús como Dios y Señor. Entonces Jesús proclama la última bienaventuranza del evangelio: *¿Porque me has visto has creído? Dichosos los que crean sin haber visto.*

Le tenemos que estar agradecidos a santo Tomás por partida doble. Primero porque nos consuela ver en él, apóstol escogido y seguidor del Señor desde la primera hora, la dificultad para creer, el deseo de pruebas empíricas, la necesidad de poder ver y poder tocar para creer. Eso nos lo hace sentir muy próximo y nos da la esperanza que esta parte diríamos de "incrédulo" que todos tenemos también puede ser evangelizada y redimida.

En segundo lugar le tenemos que agradecer a santo Tomás que nos haya obtenido esta última bienaventuranza del Señor y que parece especialmente dirigida a nosotros: *Dichosos los que crean sin haber visto.*

La segunda lectura, tomada de la primera carta de san Pedro, ilumina las características de la fe en Jesucristo resucitado. Es el fruto de la vida nueva y de la esperanza viva que hemos recibido del Padre por el bautismo. Creer en Cristo resucitado quiere decir amarlo: *No habéis visto a Jesucristo, y lo amáis*, y la vida nueva de los bautizados, hecha de amor a Jesucristo y a los otros, de fe y de esperanza en la vida eterna, a pesar de las pruebas que tiene que soportar, lleva a la alegría indescriptible: *no lo veis, y creéis en él; y os alegráis con un gozo inefable y transfigurado.*

Eso que la primera carta de san Pedro dice de cada creyente, lo explican los Hechos de los Apóstoles de las primeras comunidades cristianas. El espíritu de fe, de esperanza y de amor caracterizaba su vida. La asistencia a la plegaria en común, la asiduidad en escuchar la enseñanza de los apóstoles, reunirse para partir el pan (es decir para celebrar la eucaristía), la atención a las necesidades de cada uno, así como el hecho de poner en común todos los bienes. *Celebraban la fracción del pan... alabando a Dios con alegría y de todo corazón.* Estas palabras nos conmueven y nos cautivan porque nos traen la intensidad, el frescor y el ardor de los primeros cristianos.

Volvamos al evangelio. *Dichosos los que crean sin haber visto.* Esta última bienaventuranza nos hace pensar en la primera del evangelio según san Lucas, aquella que Isabel dirige a la Madre de Dios en el episodio de la Visitación: *¡Dichosa tú, que has creído!, porque lo que te ha dicho el Señor se cumplirá* (Lc 1, 45).

Sí, hermanas y hermanos, en Santa María encontramos el modelo de cada cristiano, de cada comunidad y el tipo de toda la Iglesia. Ella, siguiendo la estela de los justos y de los pequeños de Israel que habían creído sin haber visto, pudo comprobar cómo se cumplían las promesas de su Señor. También nosotros estamos llamados a hacer el

mismo camino, hasta el día en que recibiremos *aquella heredad* que tenemos *reservada en el cielo* y que nos ha sido prometida *gracias a la resurrección de Jesucristo de entre los muertos*.